

INFLUENCIA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS EN EL LÉXICO DEL ESPAÑOL HABLADO EN MÉXICO ¹

Desde que Rodolfo Lenz afirmó, en 1893, ² que "el español de Chile es, principalmente, español con sonidos araucanos" hasta nuestros días, mucho es lo que ha cambiado el parecer de los lingüistas respecto de la fuerza e influencia de los sustratos. Como ejemplo de los vientos que hoy prevalecen, recordaré la opinión de Bertil Malmberg, según la cual sólo debe pensarse en la acción del sustrato cuando fallan las explicaciones internas, sistemáticas, y ello siempre que las particulares condiciones socioculturales de los idiomas en contacto lo permitan. ³ En lo que respecta al español de América, pocos son los fenómenos —fonéticos o gramaticales— que podrían explicarse seriamente como resultado de la influencia de los sustratos prehispánicos. Pensando, concretamente, en las peculiaridades fonémicas, morfológicas o sintácticas del español *normal* de México, creo que ni una sola de ellas sería consecuencia de la influencia náhuatl. ⁴ La influencia de los sustratos americanos —parece pensarse ac-

¹ Texto completo de la comunicación leída en el II Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas celebrado en la ciudad de Nimega, Holanda, del 20 al 25 de agosto de 1965. Una versión abreviada del mismo se publica en las *Actas* de dicho Congreso.

² R. LENZ, "Beiträge zur Kenntnis des Amerikanospanischen", *ZRP*, XVII (1893), pp. 188-214. Traducción española de A. Alonso y R. Lida, "Para el conocimiento del español en América", *BDH*, VI (1940), 209-258; v. p. 249.

³ Cf. B. MALMBERG, "L'extension du castillan et le problème des substrats", *Actes du Colloque International de Civilisations, Littératures et Langues Romanes*, Bucarest, 1959, pp. 249-260; en especial, p. 258: "Une explication interne est préférable à une explication externe (interférence) ... Le substrat (l'interférence) ne doit être allégué comme explication que si l'innovation implique une augmentation du nombre d'oppositions ou une réinterprétation des relations entre celles-ci. Le substrat ne doit être invoqué que dans les cas où la situation sociologique d'une population est telle que l'adoption de faits d'interférence par les couches socialement dirigeantes semble probable."

⁴ No considero aquí, naturalmente, las hablas regionales del interior del país, algunas de las cuales muestran, sin duda, cierta influencia de la lengua de sustrato. Es bien sabido, por ejemplo, que la peculiar articulación de las oclusivas sordas que distingue al español de Yucatán puede deberse a la influencia maya (lengua de adstrato, más que de sustrato).

tualmente— es insignificante en lo que al sistema lingüístico del español, a su estructura íntima, se refiere.

Sin embargo, no sucede lo mismo en lo que toca al vocabulario o a la entonación. Aquí, las huellas de las lenguas precolumbinas *parecen* evidentes y numerosísimas. Basta con que en una región cualquiera de América, o en una población determinada, se descubra una entonación particular de la frase, distinta de la que se considera "castellana normal", para que se aluda de inmediato a la influencia del sustrato. Solución cómoda y fácil, pero ¿acertada? ¿Cómo pensar que el sustrato náhuatl, por ejemplo, pueda explicar las tres —o quizá cuatro— entonaciones peculiares del castellano hablado en la sola ciudad de México? ¿No sería quizá mejor pensar en evolución divergente dentro de la propia lengua española? Tal vez en las diversas normas sociales —coexistentes en todo gran conglomerado humano— pueda hallarse más acertada explicación.

Pero no es este aspecto del habla el que ahora me interesa, sino exclusivamente el léxico. En él es donde más evidentemente se refleja la influencia de las lenguas indígenas de América. El vocabulario del español americano aparece esmaltado, a los ojos de casi todos los investigadores, por abundantes indigenismos.

Ahora bien; que la influencia léxica no sea, propiamente hablando, un fenómeno estricto de sustrato parece ser cosa generalmente admitida; la teoría de los préstamos explica satisfactoriamente las transferencias léxicas que se producen entre dos lenguas en contacto.⁵

Con todo, no deja de señalarse una y otra vez cuánto han

⁵De acuerdo con el concepto de sustrato lingüístico expresado por Bertil Malmberg, los préstamos léxicos no representan, de ningún modo, el resultado de la acción del sustrato. "A mon avis, pour qu'il y ait une raison valable de parler d'influence de substrat, il faut ensuite aussi qu'il soit question d'une véritable *interférence linguistique*, c'est-à-dire d'une action de la structure d'une langue sur celle d'une autre, en d'autres mots une modification qui frappe les catégories linguistiques et leurs relations... Mais l'adoption de mots isolés... est un phénomène banal qui peut se produire sans conséquences pour le système de la langue qui les incorpore... Il n'y a donc aucune raison dans tous ces cas de parler ni de superstrat, ni d'adstrat. La notion d'emprunt les couvre." (B. MALMBERG, "Encore une fois le substrat", *Studia Linguistica*, XVII, 1963, 40-46; cf. pp. 41-42).—Cf. también FREDERICK H. JUNGEMANN, *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*, Madrid, 1955; p. 17.

contribuido las palabras de origen amerindio a colorear y a diferenciar el español hablado en cada uno de los países de América. Voluminosos diccionarios de indigenismos son prueba de ello. En el de voces chilenas recopilado por Lenz figuran unas 2,500 formas; ⁶ en el de indigenismos venezolanos de Lisandro Alvarado, unas 1,700; ⁷ en el de aztequismos publicado por Robelo (del que más adelante hablaremos), no menos de 1,500 formas de origen náhuatl, a las que habría que añadir, dentro de los límites del español mexicano, los centenares de voces de distinta procedencia precortesiana (maya, zapoteca, etcétera). Ante estas cifras, no podemos extrañarnos demasiado de que Darío Rubio haya escrito lo siguiente: "Si desaparecieran del lenguaje español que hablamos los mexicanos, todas las voces en dicho lenguaje incluidas y que tienen su origen en el idioma náhuatl (hay que tomar también en consideración las voces con origen en otras lenguas indígenas mexicanas incluidas igualmente en el español que en las regiones respectivas se habla), se produciría un caos verdaderamente horrible por la situación en que tal desaparición hubiera de colocarnos". ⁸

Con el fin de averiguar hasta qué punto es importante la contribución léxica de las lenguas indígenas al habla común de la ciudad de México, desde hace dos años hemos orientado las labores del Seminario de dialectología de El Colegio de México hacia la investigación de esa influencia léxica prehispánica. Los resultados a que hasta este momento hemos llegado no dejan de ser sorprendentes, si bien son todavía provisionales. La impresión que esos voluminosos diccionarios de indigenismos pueden producir, se aparta totalmente de las conclusiones a que en el Seminario estamos llegando. La influencia léxica de las lenguas indígenas sobre el español hablado en la ciudad de México es también —numérica y proporcionalmente al menos— muy pequeña. Y ello, sobre todo, porque el vocabulario de origen indígena tiene un campo vital sumamente reducido.

⁶ Correspondientes a más de 1.600 voces; cf. A. ALONSO, "Substratum y superstratum", *RFH*, III (1941), p. 216, n. 3.

⁷ Cf. ÁNGEL ROSENBLAT, *El castellano de Venezuela: la influencia indígena*, Caracas, 1958, p. 9 (Sobretítulo del *Boletín Indigenista Venezolano*, vols. III-V).

⁸ Cf. DARIÓ RUBIO, *Refranes, proverbios y dichos y dicharachos mexicanos*; 2ª ed., Méjico, 1940; t. I, pp. XXII-XXXII.

La gran mayoría de las voces que se consignan en los diccionarios de indigenismos es enteramente desconocida para el hablante medio. La opinión de Morínigo a este respecto me parece por completo atinada.⁹ La erudita acumulación de palabras prehispánicas en esos diccionarios no responde a la realidad hablada. Volvamos, un momento, sobre el *Diccionario de aztequismos* de Cecilio A. Robelo: del millar y medio de formas que reúne, sólo unas 160 eran conocidas —y reconocidas como de uso común— por los investigadores, mexicanos, del Colegio de México; esto es, aproximadamente el 10% de los artículos consignados en el diccionario. Y eran poco más de 250, *en total*, las formas que unos u otros de esos investigadores conocían con mayor o menor precisión. Las 1,200 voces restantes les eran enteramente desconocidas. Pero hay que tener en cuenta, además, que algunos de esos 160 indigenismos mexicanos de uso general —o casi general en la ciudad de México— son palabras que pertenecen ya al acervo común de la lengua española (*chocolate, tomate, jícara, chicle, petate, etcétera*), y que por ello no particularizan —no distinguen dialectalmente— al español mexicano.¹⁰

⁹ "Los diccionarios de americanismos actuales rivalizan en incorporar a su léxico el mayor número de indigenismos, se usen o no se usen en el español de América, distorsionando de esta manera la realidad lingüística y confundiendo a los estudiosos. De la lectura de los mismos se tiene, en efecto, la impresión de que la contribución léxica indígena a las hablas regionales es sencillamente enorme. Esta impresión, sin embargo, no corresponde a la realidad. Desde luego la contribución es importante, pero muy por debajo de las dimensiones que en los diccionarios aparecen. Por ejemplo, en los diccionarios aparecen las voces guaraníes *tuyuyú, jabirú, iciga, isopó, urubú, urucured*... y cien más que nadie usa y pocos saben lo que son. En un diccionario de mejicanismos aparecen las voces *tellacihue, tecomasúchtli, tellatía, techocoma, texosóchtli* que nadie sabe qué son en Méjico, fuera de los nahuatlístas. Muy curioso es que en el mismo diccionario aparecen como equivalentes de *tellatía*, *hinchahuevos*, *jaboncillo* o *incienso del país*, que son los verdaderos nombres populares de esta planta. Entonces ¿por qué aparecen estos nombres indios? Simplemente por razones eruditas. El compilador quiere demostrar con eso su conocimiento de la historia del país o su conocimiento de las lenguas indias, que en algunos casos está aún viva. Hay en nuestros diccionarios una gran masa de voces indígenas que constituyen en ellos un peso muerto en el mejor de los casos" (MARCOS A. MORÍNIGO, "La penetración de los indigenismos americanos en el español", *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, OFINES, 1963; t. II, pp. 226).

¹⁰ El afán de aumentar al máximo el número de indigenismos a que se refiere Morínigo en el estudio citado, podría explicar el que incluya Robelo en su

Cierto que el habla urbana no es campo fértil para el arraigo de los indigenismos; suelen éstos emplearse para designar realidades de la flora particular de cada región, realidades que prácticamente desconoce el hablante urbano.¹¹ De ahí que el número de voces indígenas vivas en la provincia, en el habla campesina, sea superior al número de indigenismos usuales en las ciudades. A ello se ha referido también Ángel Rosenblat al estudiar la influencia indígena sobre el español venezolano: "En rigor, la mayor riqueza de voces indígenas no está en el habla general, sino en la regional o local... Cada pueblo, cada caserío, tiene, para nombrar sus plantas, sus animales, sus enseres domésticos, una rica terminología, *en gran parte de origen indígena*. Algunas de las voces se extienden por un ámbito regional más o menos amplio, pero la inmensa mayoría queda confinada a un círculo reducido, y *su destino es desvanecerse poco a poco ante un nombre más general o de más prestigio*".¹² Y así advierte que los indigenismos venezolanos de uso común en Venezuela son sólo 17. Las 1,700 voces que recoge Lisandro Alvarado resultan, en su inmensa mayoría, desconocidas para el hablante medio venezolano.¹³

En lo que a la ciudad de México se refiere, la situación que vamos descubriendo en el seminario de dialectología no es esen-

dicionario algunos vocablos de indudable ascendencia hispánica, procurándoles caprichosas etimologías nahoas. Así registra como aztequismos, entre otras, las palabras *cochino*, *apachurrar* y *nana*; e inclusive dedica una larga nota a refutar el origen hispánico de *cogote* —que él deriva del náhuatl *cocotl* 'esófago'— aunque la palabra figura ya en el *Universal vocabulario* de Alonso de Palencia, publicado en Sevilla en 1490.

11 A este respecto ha escrito últimamente Gerhard Rohlfs: "On sait que l'ancien élément autochtone s'est maintenu avec un pourcentage considérable dans les noms des plantes: terminologie très importante pour les paysans et les bergers, mais généralement mal connue par les gens de la ville." ("Influence des éléments autochtones sur les langues romanes", *Actes du Colloque de... Langues Romanes*, Bucarest, 1959, 240-249; cf. p. 244).

12 A. ROSENBLAT, *El castellano de Venezuela*; p. 12.

13 Naturalmente que no pretendo decir que los diccionarios de indigenismos debieran limitarse a consignar únicamente las voces de uso general. Pero sí considero que sería necesario que los autores de esos léxicos declarasen siempre cuál es el alcance —la vitalidad— de cada uno de los términos recogidos. La delimitación geográfica y social de los indigenismos no debería faltar en ningún diccionario que pretenda ser riguroso y útil para la dialectología.

cialmente distinta, aunque el número de indigenismos usuales que hemos registrado no sea tan reducido como en Venezuela. Nuestro método de trabajo ha sido el siguiente: durante dos años, los miembros del Seminario —dieciocho en total—¹⁴ han realizado 332 encuestas entre hablantes de todas las clases socio-culturales que forman parte del heterogéneo conglomerado humano que es la ciudad de México. Han sido entrevistados hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, analfabetos y personas de cultura superior: obreros, amas de casa, estudiantes, burócratas, profesores, sirvientes domésticos, vendedores ambulantes, profesionistas, campesinos que han fijado su residencia en la capital durante los últimos años, comerciantes, etcétera, etcétera. Todas las entrevistas quedaban siempre grabadas en cintas magnetofónicas, aunque se procuraba que la presencia de la grabadora portátil no coartara al informante en su manera de hablar. Cada entrevista duraba un mínimo de media hora, pero muchas veces —casi la mitad— se extendían hasta completar los 60 minutos y aun algunas se acercaban a las dos horas.¹⁵ En ellas se han abordado multitud de temas de muy distinta naturaleza: aficiones del informante, su trabajo, recuerdos de su niñez, relaciones familiares, opiniones políticas, de-

¹⁴ Los miembros del Seminario que han colaborado activamente en esta investigación son: Flora Botton, Elena Carrero, Julia Corona, Luz E. Díaz de León, Luz Fernández Gordillo, Beatriz Garza Cuarón, Carmen Garza Ramos, Carmen Guardiola, María Teresa Guzmán, Ivette Jiménez, Teresa Piñeros, Gloria Ruiz de Bravo, Raúl Ávila, Miguel Capistrán, Charles Frisbie, Carlos H. Magis, y Jaime del Palacio.

¹⁵ El tiempo total de grabaciones es de más de 238 horas. El número total de palabras grabadas en las cintas rebasa ampliamente los dos millones (2.147.000). Hablan en esas encuestas un total de 477 personas de todos los estratos sociales, en la siguiente proporción: Analfabetos, 12%; semianalfabetos, 23%; personas de cultura media, 35%; personas cultas 20%; personas de cultura superior, 10%. Algunos informantes hablan o, al menos, comprenden algo de náhuatl; por lo general se trata de campesinos establecidos en la ciudad de México durante los últimos años. La incidencia de indigenismos en su habla es, como cabría esperarse, algo mayor que la que se observa en el habla de los demás informantes, pero sin que resulte excesivamente desproporcionada. Al parecer, los dos sistemas lingüísticos —español y náhuatl— se mantienen en ellos bien diferenciados. ANTHONY G. LOZANO ("Intercambio de español e inglés en San Antonio, Texas", *Archivum*, xi, 1961, pp. 111-133) ha indicado que los sistemas fonéticos español e inglés de hablantes enteramente bilingües se mantienen por lo general bien separados; observa, en cambio, ciertas interferencias léxicas, lógicas en tal situación.

portes y diversiones, alimentación, noviazgos, viajes, lecturas, modas, la historia de México y el temperamento del mexicano, costumbres populares, relaciones internacionales, y un sinnúmero de asuntos más.

Acabada la encuesta, el investigador escuchaba atentamente la cinta grabada y tomaba nota de todos los indigenismos que en ella fuesen apareciendo. Hacía después un cálculo aproximado del número total de palabras que se habían pronunciado a lo largo de la grabación, con el fin de determinar el porcentaje correspondiente a la aparición de indigenismos. Finalmente estudiábamos las peculiaridades de las voces indígenas: sus acepciones, su vitalidad, dominio semántico general a que pertenecían, correspondencia con determinada clase sociocultural, concurrencia con alguna voz hispánica equivalente, etcétera. Naturalmente que esas grabaciones reflejan sólo el habla urbana —en todos sus diferentes estratos— de México, no del país. Por consiguiente, esta comunicación se refiere sólo a la norma lingüística de la capital, aunque claro está que la *norma* de la ciudad de México (con sus cinco millones y medio de habitantes) es, con mucho, la más importante del país, y la que va marcando la pauta a las demás normas regionales. Y en ella no deja de hacer acto de presencia, ocasionalmente, el habla rural, representada por ciertos estratos sociales.

Hemos distinguido tres grupos o clases generales de indigenismos: topónimos (y patronímicos), gentilicios, y voces comunes (sustantivos, adjetivos y verbos). A estas últimas hemos dedicado particularmente nuestra atención, ya que son las verdaderamente significativas. Los topónimos —y sus derivados, los gentilicios— no tienen gran interés, pues son formas que están al margen de la estructura íntima de la lengua. El valor funcional de cualquier topónimo —como *Guernavaca*, por ejemplo— es prácticamente siempre el mismo, tan ajeno, por así decir, al sistema gramatical como cualquier otro nombre de lugar, sea de origen ibérico, árabe o eslavo.¹⁶ A ese carácter marginal,

¹⁶ Estructuralmente, lo mismo da decir que "Pasé las vacaciones en *Guernavaca*", como decir que "las pasé en *Segovia*", o "en *Medina*", o "en *Varsovia*" o "en *X*", según se solía hacer durante el siglo pasado para dar una localización indeterminada a las novelas. Inclusive el valor semántico de los topónimos es muy poco variable: nombre de lugar o de un accidente geográfico.

aunque étnicamente importantísimo, de los topónimos, se refirió ya Amado Alonso al distinguir entre sustrato racial y sustrato lingüístico.¹⁷

Los resultados a que hasta ahora hemos llegado —resultados quizá algo provisionales todavía, pues seguimos trabajando en el mismo terreno—¹⁸ son, en esencia, los siguientes:

El número total de indigenismos 'comunes' registrados en las grabaciones asciende, excluyendo topónimos y gentilicios,¹⁹ a 1,907. Estas 1,907 formas corresponden a sólo 193 artículos léxicos.²⁰ El porcentaje que estas cifras suponen en relación con el vocabulario castellano registrado en las encuestas es francamente pequeño: los 1,907 indigenismos consignados, frente a los 2 millones de voces articuladas por nuestros informantes, no representan ni siquiera el 0.09% del total. Y aun incluyendo en nuestro recuento de voces indígenas todos los topónimos,

¹⁷ "Estos estudios [sobre la toponimia] nos hacen ver la necesidad metodológica de diferenciar estrictamente entre lo racial y lo lingüístico...: Una cosa es mostrar que la estructura de una lengua está influida por elementos o tendencias estructurales de la lengua anterior de esa población, y cosa heterogénea mostrar que en un área geográfica dada hubo prehistóricamente una población unificada, según lo prueba la pariente toponimia. El punto de partida y el de llegada están invertidos: en un caso, se utiliza la etnología para ahondar en el conocimiento de la lengua; en otro se utiliza la toponimia para ganar conocimientos de etnología. La toponimia de origen prehistórico, por haber perdido todo rastro de significación común, no pertenece propiamente al sistema lingüístico de la lengua viva actual" (A. ALONSO, "Substratum y superstratum", *RFEH*, III, 1941, 209-217; cf. pp. 210-211). —Cf. también B. MALMBERG, "Encore une fois le substrat", p. 41.

¹⁸ Y seguiremos hasta advertir que las nuevas encuestas realizadas no modifican en nada los resultados anteriormente obtenidos. Creo que no estamos muy lejos de esa meta, pues son pocos los indigenismos documentados en las últimas encuestas que no figuraban ya en el depósito general.

¹⁹ Pero sin excluir, ni siquiera, los mexicanismos comunes de uso más amplio, tal vez del español general, como *jícara*, *coyote*, o *cacaco*. (En todo lo que sigue, al hablar de los indigenismos mexicanos, excludo, a no ser que advierta lo contrario, tanto los topónimos y patronímicos, cuanto los gentilicios de ellos derivados. Repito que no creo que ofrezcan verdadero interés lingüístico. Baste pensar, en efecto, que *México* y *mexicano* por sí solos aparecen en nuestras grabaciones tanto o más que el conjunto de todos los demás indigenismos registrados.)

²⁰ Y, como algunos de esos artículos son palabras que derivan de una misma raíz indígena (por ejemplo *pulque* y *pulquería*, o *chile* y *enchilada*), el número de bases léxicas de los 193 artículos se reduce a 166 solamente. Además, algunas de ellas pertenecen al acervo común de la lengua española: *aguacate*, *cacahuate*, *cacao*, *coyote*, *chicle*, *chocolate*, *hule*, *jícara*, *nojal*, *petaca*, *petate* y *tomate*.

patronímicos y gentilicios ²¹ a que se hace mención en las grabaciones, el porcentaje no llega sino al 0.42%. Claro que estos porcentajes corresponden —más que a la proporción de raíces prehispánicas dentro del catálogo léxico del español mexicano— a la *incidencia* de tales indigenismos en la cadena hablada. ²² Pero ello nos permite sopesar, precisamente, la *vitalidad* real de dichas voces. Por ser términos que aluden, por lo general, a realidades muy particulares del medio mexicano, la frecuencia de su aparición en la frase hablada es pequeña, casi ocasional. Sólo una veintena de voces indígenas tiene relativa vitalidad en la conversación no especializada, y su aparición es, en cierta medida, frecuente. ²³

Claro que para los oídos extranjeros esas voces peculiares del habla mexicana no dejan de ser sorprendentes. Y la sorpresa que suscitan explica que la impresión inmediata sea la de que el español mexicano está *plagado* de voces exóticas. Las peculiaridades gramaticales o aun fonéticas pueden pasar enteramente desapercibidas para el hablante de otras regiones hispánicas; pero el localismo léxico salta a la vista, llamando poderosamente la atención. De ahí, tal vez, que se haya sobreestimado la influencia léxica de las lenguas indígenas. El ex-

²¹ Del total absoluto de indigenismos recogidos, los topónimos, patronímicos y gentilicios representan el 80%. Esto da también una idea clara de la escasa vitalidad de las palabras indígenas que expresan conceptos comunes.

²² El porcentaje de artículos o raíces léxicas de origen indígena dentro del vocabulario usual de la ciudad de México es más difícil de precisar. Habría que conocer con exactitud el número de palabras que integran el "diccionario" total del español mexicano. Sólo con el fin de proporcionar una idea general, aproximada, de ese porcentaje, calculemos que el léxico global de la ciudad comprenda unas 40 mil palabras; los trescientos indigenismos —como máximo, en vez de los 193 por nosotros reunidos— que en la ciudad puedan emplearse, no representarían ni siquiera el 1% de ese vocabulario urbano total.

²³ Son, ordenadas de acuerdo con su incidencia en nuestras encuestas, las siguientes: *chile* (163 veces, registrada en 45 encuestas) y *enchilada* (21 en 10 respectivamente); *pulque* (104 en 24) con *pulquería* (7 en 6) y *pulquero* (3 en 2); *mole* (102 en 33); *cuate* (81 en 28), *chamaco* (78 en 31), *clote* (53 en 16), *tequila* (39 en 17), *tamal* (38 en 19), *aguacate* (33 en 13), *barbacoa* (33 en 8), *milpa* (30 en 11), *guajolote* (27 en 16), *atole* (27 en 14), *metate* (27 en 13), *zapote* (25 en 8) y *chicozapote* (2 en 2), *molcajete* (23 en 9), *escuincla* (22 en 10), *zacate* (21 en 6) y *mezcal* (20 en 9), además de los mexicanismos de uso hispánico general *jitomate* (87 en 31) con *tomate* (18 en 9), *chocolate* (52 en 25), *cacahuate* (30 en 18) y *patate* (25 en 12). [Para el origen de *barbacoa*, cf. Corominas, DCELC, s. v.]

tranjero que, durante su primer día de residencia en la ciudad, haya oído ocho o diez nahuatlismos para él incomprensibles, pensará naturalmente que el español de México es muy diferente del de su país de procedencia, sin reparar en que esa decena de localismos no es sino una gota de agua en el océano formado por las ocho o diez mil palabras castellanas que pueden haberle dirigido a lo largo de la jornada. Creo conveniente indicar, a este respecto, que en 120 de nuestras encuestas —esto es, en más de una tercera parte de su total —no aparece ni un solo indigenismo.

El estudio de los 193 artículos léxicos reunidos, así como la consideración de su vitalidad relativa, permite hacer las siguientes anotaciones:

Por lo que respecta a su origen, la inmensa mayoría de los indigenismos procede del náhuatl. Prácticamente, ésta es la única lengua prehispánica de México que ha enriquecido el vocabulario usual en la capital. Los préstamos debidos a las demás lenguas indígenas son insignificantes, si bien en el español provincial de las zonas en que se hablan aún esas lenguas pueden encontrarse algunas voces tomadas de ellas; pero son muy pocas las que se han propagado al español general del país. Del maya, lengua que sigue en importancia al náhuatl, pueden derivarse seis o siete voces (*cenote*, *henequén*, *maquech*, *papazul*, *pibil* y *salbuté*). Al tarasco pertenecen *charal*, *huarache* y *uchepo*. Del otomí no hemos recogido más que *naco*. Del zapoteco, *guelaguetza*. Y *guare* suele considerarse palabra de origen cahita.

Desde el punto de vista gramatical, casi todas las voces recopiladas son sustantivos, mientras que los verbos y los adjetivos juntos no ascienden sino a catorce. A las restantes categorías funcionales —adverbios, preposiciones y conjunciones— no corresponde ni un solo indigenismo. Por otra parte su productividad es mínima, salvo alguna rara excepción, como *chile*, del que se derivan *enchilada*, *enchilarse* y *chilero*; o *pulque*, del que proceden *pulquería* y *pulqueró*; o *petate*, de donde *petatearse*, *petateo*, *petateada*, *petatero* y *petatillo*. Pero la inmensa mayoría de los indigenismos no da origen a ningún derivado usual.

Los sustantivos son en su mayoría —casi la mitad del total

de artículos— designaciones correspondientes a la flora y a la fauna peculiar del país.²⁴ De ellos, veintiocho son nombres de vegetales o frutas comestibles (como *tomate*, *zapote*, *aguacate*, *capulín*, *chayote*, *epazote*, *chile*, *elote*, etcétera), y ocho nombres de animales también comestibles (como *guajolote*, *totol*, *charal*).

Como dieciocho de los sustantivos comunes corresponden a nombres de comidas (*enchilada*, *mole*, *tamal*, *pozole*, etcétera) y seis a nombres de bebidas (*pulque*, *mezcal*, *tepeache*), el número de voces relacionadas con la alimentación asciende a sesenta artículos, lo cual representa casi la tercera parte de los indigenismos registrados. Y hay que tener en cuenta además que estos últimos vocablos son los que muestran mayor vitalidad en la lengua hablada. En efecto, de las veinticinco voces que con mayor frecuencia aparecen en nuestras grabaciones (cf. nota 23), diecisiete se relacionan con la alimentación popular, y únicamente ocho pertenecen a los demás dominios semánticos.

Aparte de esos términos de la flora, la fauna y la alimentación, sólo otro aspecto del vocabulario mexicano aparece esmaltado por un número de indigenismos digno de tomarse en consideración: el de los enseres o utensilios domésticos. A él pertenecen nahuatlismos como *molcajete*, *comal*, *chiquihuite*, *jícara*, *metate*, *nixcómil*, *petate*, *tanate* o *tepalcate*, hasta un total de 18 términos. En cambio indigenismos de carácter afectivo hemos reunido muy pocos: *cuate*, *chamaco*, *escuincle* y *mitote* son los únicos que aparecen con alguna frecuencia.

Otra circunstancia que debe tenerse en cuenta para valorar debidamente la vitalidad de los indigenismos mexicanos es el hecho de que algunos de ellos alternan con otras voces sinónimas, ya sean de origen español, ya procedan de otras lenguas indígenas. Así, *cuate* está en concurrencia con *amigo*, *compañero*, *camarada*, (her) *mano* y *gemelo*; *petaca* con *maleta* o *velis* (fr. valise); *achichinar* con *quemar*; *mecate* con *reata*, *cuerda*

²⁴ De un total de 91 artículos, 65 corresponden a la flora y 26 a la fauna. Algunos revelan bastante vitalidad (como *henequén*, *nopal*, *camote*, *compasúchil*, *ocote*, *tule*, *mezquite* en lo relativo a la flora, o *guajolote*, *pípilo*, *coyote*, *chapulín*, *tuzá*, *zopilote* y *cacomiscte* en la fauna), pero la incidencia de otros es mínima (*oyamel*, *huisache*, *mecuete*, o *ajolote*, *maquech* y *sacamiche*, documentados una o dos veces tan sólo en nuestras grabaciones).

o hilo; *guajolote* con *pavo* y, al mismo tiempo, con *totol* y *pípilo*; *chamaco* con *niño*, *muchacho*, y también con *escuincle*. Esto puede conducir o a la eliminación de la palabra indígena, sofocada por la castellana de uso general en otros países de lengua española e, inclusive, en otras regiones de México, o a su especialización (reducción semántica) frente a la voz hispánica; así, ante el general *mercado*, el indigenismo *tianguis* designa específicamente el mercado indígena, levantado al aire libre; y *escuincle* se carga de sentido peyorativo frente al común *niño* o *muchacho*.

También valdría la pena valorar con precisión el prestigio de que goza cada indigenismo, empezando por descubrir hasta qué punto se sirve de ellos la lengua escrita. A esta tarea se ha abocado durante el presente año el Seminario de dialectología, mediante el estudio de diversas obras literarias —novelas, dramas, ensayos— y aun de revistas y periódicos de gran difusión en todo el país. Esperamos que los resultados puedan tener algún interés.

En resumen, considero que la influencia léxica de las lenguas americanas es mucho menor de lo que los diccionarios de indigenismos harían tal vez suponer. Limitada a ciertos aspectos particulares del vocabulario (alimentación, flora y fauna), y menos productiva cada día dado el velocísimo retroceso de las lenguas indígenas en la actualidad,²⁵ esa influencia resulta casi insignificante frente al caudal del vocabulario hispánico, frente a los casos de constante creación léxica o de incesante traslación semántica que se producen dentro de la propia lengua española, y aun frente al torrente de anglicismos que afluye actualmente hacia el español.

²⁵ Según los datos del último censo levantado en México (1960), la población que habla sólo alguna lengua indígena apenas si rebasa el millón. Los monolingües de habla náhuatl no llegan a trescientos mil (297,000), y los indígenas que hablan exclusivamente yaquí son sólo 545. De las treinta lenguas catalogadas en el censo, únicamente parecen poseer relativa firmeza, además del náhuatl, el mixteco, el maya, el zapoteco, el mazateco, el totonaco, el otomí, el tzotzil y el tzeltal.

APÉNDICE

Los indigenismos que han aparecido en nuestras grabaciones con cierta frecuencia son, en orden decreciente, los siguientes: *chile* (163 veces), *pulque* (104), *mole* (102), *cuate* (81), *chamaco* (73), *jitomate* (67), *elote* (53), *chocolate* (52), *tequila* (39), *tamal* (38), *aguacate* (33), *barbacoa* (33), *milpa* (30), *cacahuate* (30), *guajolote* (27), *atole* (27), *metate* (27), *petate* (25), *zapote* (25), *molcajete* (23), *escuincle* (22), *zacate* (21), *enchilada* (21), *mezcal* (20), *comal* (19), *tomate* (18), *nopal* (18), *tejocote* (18), *mecate* (16), *tuza* (16), *huarache* (15), *chicle* (14), *pozole* (14), *coyote* (14), *zopilote* (13), *pipilo* (12).—Y 11 veces cada uno: *camote*, *henequén*, *petaca* y *tepache*.—10: *ixtle*, *jícara* y *tule*.—9: *chayote*, *cuija*, *ejote*, *jacal*, *mezquite*, *ocote*, *olote* y *tlapalería*.—8: *acocil*, *capulín*, *cempasúchil*, *cenote*, *huipil*, *huapango*, *jicama* y *nixcómil*.—7: *copal*, *cuilla*, *chapulín*, *chiquihuite*, *nixtamal*, *pulquería*, *tepalcate*, *zenzontle* y *zoncle*.—6: *achiote*, *ayate*, *cacao*, *chichicascle*, *chilacayote*, *epazote*, *hule*, *navuyaca* y *tlacuache*.—Y aunque en nuestras grabaciones han aparecido menos de seis veces, son también indigenismos de uso casi general, conocidos por la mayoría de los hablantes mexicanos, los siguientes: (a) *chichinar*, *achichincle*, *ajolote*, *ahuehuete*, (a) *papachar*, *ate*, *cacle*, *cacomistle*, *cocol* (azo), *coyol*, *chachalaca*, *chapopote*, *charal*, *chia*, *chiche*, *chichicuilot*, *chilaquil*, *chilmole*, *chilpachole*, *chilpayate*, *chinaco*, *guacamole*, *guachinango*, *guaje*, *guare*, *guasoncle*, *guelaguetza*, *huacal*, *huamúchil*, *huisache*, *huilacoche*, *itacate*, *jilote*, *jiote*, *malacate*, *malinchismo*, *maquech*, *mayate*, *memela*, *metlapil*, *michi*, *millomate*, *mitote*, *molote*, *naco*, *oyamel*, *pagua*, *paliacate*, *papazul*, *papalote*, *pepenar*, *petatearse*, *peyote*, *pibil*, *pinacate*, *pinole*, *popote*, *quelite*, *quexquémel*, *quiote*, *tanate*, *tatemar*, *tecolote*, *teocali*, *tepetate*, *teponaztle*, *tequesquite*, *tescal*, *tezontle*, *tianguis*, *tlacuil*, *toloache*, *tololoche*, *total* y *totopo*. El medio centenar de artículos restantes corresponden a veces registradas una sola vez en nuestras encuestas, si bien entre ellas hay algunas (como *cuico*, *chipil*, *mapache*, *nagual*, *talache*, *tilma*, *tompíate*, *machincuepa*, *apipizca*, *chagüiscle*, *matatena*, *ocelote*, *temascal*) que forman parte del vocabulario de muchos

de los hablantes capitalinos. Otras son prácticamente desconocidas para ellos, y han aparecido sólo ocasionalmente en nuestras encuestas, por lo general en boca de informantes de origen campesino. Próximamente completaremos nuestra investigación con algunas encuestas orales más y, sobre todo, con los datos que nos proporcione el análisis de la lengua escrita (literaria y periodística).

JUAN M. LOPE BLANCH